

El autor reúne noventa textos breves, escritos con intensidad y transparencia, que consiguen aquello a lo que toda palabra impresa debería aspirar: acercarnos al centro de la vida

Los ecos de la vida

Comienzo a escribir estas letras cuando un día más termina, un día en que –cada vez esto es menos raro– las máquinas han copado los titulares de los medios. Hoy, en concreto, tres artefactos han sido noticia: el que alguien ha hecho explotar en el metro de Londres; el que el tirano de Corea, para asustar al mundo, ha lanzado por los cielos; y (en cielos más lejanos) la nave espacial Cassini, que ha dado fin a su vida tras casi veinte años zambullida en la atmósfera de Saturno. Tras una jornada así, es reconfortante cruzar las jambas de la noche para hablar de humanidad.

A eso –a ser humano– sabe el silencio que Santos Urías nos invita a degustar en las páginas de esta obra de Ediciones Khaf. Se trata de un libro hermoso, en el que el tacto del papel, la tipografía y, sobre todo, el contenido nos acercan, en estos tiempos que algunos llaman post-humanos, a la humanidad. Es una vuelta a casa.

Dolores Aleixandre y Juan M^a Laboa, amigos del autor y peritos en lo humano, prologan el libro e invitan a adentrarse en él. Quien lo haga –y aconsejo hacerlo– mirará el mundo con los ojos de Santos y se acercará, como él, a cuantos su mirada encuentra. Hay aquí algo de lo que Juan Ramón Jiménez hallaba en los poemas

de Tagore: un corazón completo y verdadero, un hombre que se abre y se da.

Enmarcados entre dos parábolas, el libro consta de noventa textos breves, escritos con intensidad y transparencia, que consiguen aquello a lo que toda palabra

fijada sobre el blanco del papel debería aspirar: acercarnos –situándonos aparentemente en sus márgenes– al centro de la vida. Encontramos muchos nombres propios: Pili y su hija África, que desvelan el rostro subsahariano de Dios; Alejandro, cuya piel recién nacida proclama “la fragilidad, el regalo, la luz que todo lo prende”; João, cuya piel entregada al martirio ilumina la noche que ennegrece a muchos corazones; Óscar, monaguillo de 32 años, síndrome de Down, que “hace simple lo sagrado y lo sagrado simple”; Fátima, marroquí prometida con un guardia civil, que destruye fronteras de sangre y carne y descubre el vínculo con lo esencial; María, anciana que vive sola, en cuyos pies abatidos por los años el autor vislumbra las alas de una mariposa lista para volar...

Como Jesús por Galilea

Hay también muchas páginas sin nombres, rebosantes de igual modo de vida: las lágrimas anónimas con que una mujer, un día de invierno, vence al frío; cinco personas que, en una plaza de Lavapiés, transforman el cemento en el escenario de una ópera; el aceite de rosa de mosqueta sobre la cicatriz de una tripa recién cosida; una mirada que custodia el sueño... Siento, mientras paso estas páginas, que así pasaba

Jesús por los pueblos de Galilea: pronunciando nombres, reconociendo vidas, haciendo suyo aquello que, siglos después, Antonio Colinas escribiría en un verso: “Detente y calla mucho mientras miras”.

Que nadie se lleve a engaño por su título:

Lo recomiendo por:

La sencillez colmada de verdad, la honestidad de la mirada, la transparencia.

Otro imprescindible:

José Mateos, *Un año en la otra vida*, Pre-Textos, Valencia, 2015, 132 pp.



EL SABOR DEL SILENCIO

Santos Urías

Ediciones Khaf

Madrid, 2017 · 168 pp.

lo: este libro no versa sobre el silencio, sino sobre su sabor. Y el silencio de Santos Urías sabe a vida. Podríamos, afinando más la redacción, decirlo así: a vidas que, entrelazándose, nos religan con la Vida. El hecho de que su autor sea sacerdote no hace de esta una obra religiosa. Hay palabras –todos lo sabemos– que, aunque provengan de un ambón o se sellen con lacres seráficos, están huecas de religión alguna, y otras cuyo origen aparentemente profano nos empuja a lugares de verdadera santidad. Este es un libro religioso –entiéndase bien: ancho, liberador, vinculante– porque en él Dios emerge de la vida: del despertar franciscano de la primavera en las calles de Madrid, de las hogueras en la noche de san Juan, de los pies descalzos de un musulmán que reza o de las manos unidas de una cristiana que reza, de la vertiginosa velocidad de la luz y de las sombras de alguien que agoniza lentamente, del café compartido en un bar, de la fatiga y del descanso, de las canciones de U2 y del silencio.

Quiero que mis últimas palabras sean las que el autor sitúa en el final del libro: “No busques el silencio. Déjate encontrar por él. Sus ecos caminan por las calles (...). Aguanta la mirada. Respira hondo. Sueña despierto”.

VÍCTOR HERRERO DE MIGUEL, OFMCap